

POSIBILIDAD DE ESCAPE

por Conrad Guerrero

Nada más cruzar el umbral de la puerta ésta vuelve a deslizarse cubriendo la abertura. Leo Anderson se encuentra rodeado de una oscuridad a la que sus ojos tardan en acostumbrarse. Avanza entre tinieblas siendo golpeado por pegajosos objetos que oscilan a su alrededor en órbitas erráticas. Reprime el fuerte impulso de gritar; si no lo ha hecho cuando estaba en la celda blanca como respuesta a los agónicos alaridos de Nelson no iba a hacerlo en ese momento.

Encerrado junto con su compañero Walter Romero en la habitación de al lado tenía que imaginarse el sufrimiento de Nelson tumbado en la mesa de operaciones, rodeado por esas informes masas blancuzcas que blandían decenas de escalpelos en sus múltiples tentáculos, hendiendo la carne humana, creando ríos rojos que goteaban hasta el mar del suelo. Las únicas pistas que tenía para adivinar lo que pasaba se las proporcionaban los gritos que profería el capitán de la expedición.

A pesar de la determinación de Anderson su garganta clama por rebelarse, por soltar el aire contenido en los pulmones durante largos minutos hasta vaciarse por completo. Más todavía cuando toca uno de los objetos que danzan cerca de él, notando un tacto viscoso que le recuerda a sangre y vísceras, pero lo peor es el olor a carne descompuesta que prende en sus manos doblemente manchadas ahora, porque la sangre de Romero ya las cubría de líquido y de culpa.

Cuando lo mejor que te puede pasar es que seas el tercero en morir la mente tiene que compensar el atávico terror funcionando aún más deprisa. La puerta se está abriendo y los alienígenas no tardarán en mirarte con esos ojos enormes, que en número de cuatro rodeaban la protuberancia que sobresalía de sus amorfos cuerpos, y piensas sobre lo rara

que es su forma de pensar, en lo incomprensible de sus reacciones. Es entonces el momento en el que decides anticiparte a ellos a pesar de toda su extrañeza. Es la única posibilidad de salvación que tienes. La puerta acaba de abrirse y lo primero en lo que se fijan tus ojos es en el escalpelo teñido de rojo que sostiene uno de ellos en uno de sus tentáculos. Te abalanzas sobre él y se lo arrebatas antes que se proteja con el resto de sus apéndices, pero cuando espera un nuevo ataque te giras y te diriges hacia tu compañero, que yace sollozante en el suelo mirando con incredulidad tus movimientos. Uno de esos seres es capaz de desmembrar a un humano en menos de diez segundos y luego comérselo con esas tres hileras de dientes de tiburón que se abren en su cuerpo. Por eso Romero no comprende lo que haces. Menos todavía cuando el objeto punzante entra por su ojo y atraviesa el cerebro.

Leo Anderson comienza a distinguir sombras más claras en la oscuridad que lo rodea. Comprende que los objetos que chocan contra él no son más que bultos colgados del techo, casi con toda seguridad restos de animales. No nota más frío que en el exterior, así que supone que ellos no tienen ningún problema en comer carne descompuesta. Es desaconsejable permanecer mucho tiempo dentro de ese almacén, escondido, tiene que regresar a su nave, si es que todavía no la han desmontado. Aunque es mejor esperar a que la noche sea una realidad.

La huida de la prisión fue fácil, con todos esos seres inclinados sobre el cadáver de Walter Romero. Lo empujaban de un lado a otro con sus apéndices, como si pensasen que iba a volver a ponerse de pie en cualquier momento. Anderson pasó a su lado sin que estos le prestasen atención. Entró en la habitación contigua de una forma no esperada, pues había creído que lo haría gritando y maldiciendo a unos monstruos dispuestos a sacarle las entrañas. Una curiosidad morbosa le hizo fijarse en el cuerpo

tendido en la camilla. Como había imaginado en su fantasía la sangre manchaba el suelo, no podía ser de otra manera con un brazo amputado yaciendo en tierra.

Al salir al exterior se vio asaltado por una profusión de formas geométricas curvas que llenaban su campo de visión bajo el anaranjado sol. A ras de suelo se sentía relativamente a salvo, pues los habitantes de la ciudad utilizaban para desplazarse un entramado de varillas que unían los bloques a varios metros de altura. Pese a que varios de ellos pasaron por encima deslizándose por la estructura colgante ninguno encaró hacia él su hilera de ojos. Posiblemente no se tratase más que de ciudadanos de regreso a casa tras un duro día de trabajo. De todas maneras pensó en la conveniencia de encontrar un escondite donde poder recuperar fuerzas y acabar con la ración de comida que le quedaba. Vagó entre los edificios durante una hora hasta que encontró uno con una entrada accesible.

Un sonido raspante llega a sus oídos, como si una piedra golpease el metal. Ya no se siente solo en ese depósito de comida. De repente el sonido cesa. El espeso aire parece moverse a su alrededor. Discierne con dificultad la silueta del enorme ser que avanza hacia él en silencio, apartando con sus múltiples apéndices los torsos de res, o del animal que haga en ese planeta la función de ganado. Paralizado por el terror no hace otra cosa más que arrepentirse por su huida. Hubiese preferido mil veces someterse al afilado corte del escalpelo que sufrir en su carne el tajo del cuchillo mal afilado del carnicero.